

E L

ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRAÐABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.



SUMARIO.

Hija, esposa y madre, (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco.—*Cuento*, por Julio Monreal.—*La invencion de la Santa Cruz*, por el Conde de Fabraquer.—*Cristina*, (continuacion), por la Condesa de la Rochere.—*Revista de la semana*, por don Eusebio Blasco.—*Esplicacion y aplicacion del figurin*, por Pamela.

Con este número se reparte un figurin, y el pliego diez y seis del tomo cuarto de la *Galeria de mujeres célebres*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE SEGUNDA.

ESPOSA.

(Continuacion).

XVI.

CLARA Á MÉLIDA.

Madrid, marzo de 18..

Acabamos de llegar de un baile que ha tenido lugar en la embajada de Francia, y, al entrar en casa, mi marido me ha dicho que vá á ese pueblo.

Mélida, el dolor, la cólera, los celos, la desesperacion me ahogan..... me vuelven loca!

¿Dudarás aún? ¿disculparás todavía á esa infame mujer, que cuando nos educaba nos predicaba la virtud, y que ahora es el verdugo de mi felicidad conyugal?

¡Sin duda ella le llama.....! ¡sin duda ella es la que le aconsejó que se casára conmigo, para entregarse con mas libertad á su amor!

Mi semblante ha debido demudarse de una manera espantosa al oir decir á Camilo:—me voy—: él se quedó mirándome, y en sus ojos apareció la duda, la vacilacion.... á pesar de su funesta pasion, su corazon es bueno, y tiene entrada en él el remordimiento.... pero esa mujer ha podido mas... Camilo ha separado sus ojos

de mi semblante, ha entrado en su cuarto y ha dado las órdenes al ayuda de cámara para marchar mañana.

No sé si hay en mí mucho valor, mucho orgullo ó mucho de ambas cosas: lo cierto es que yo queria prorrumpir en gritos, en quejas, en sollozos, y que he podido dominarme hasta el punto de guardar silencio: me he arrojado de rodillas delante de mi reclinatorio, he apoyado la cabeza entre mis manos, y he ofrecido á Dios este inmenso dolor.

Sin embargo, no he podido rezar! no tenia ideas, ni valor para procurar reunir las.... ¡al rededor mio, solo veia el vacio... la nada...!

Dos horas he permanecido así, sin color y sin voz: luego me he levantado y me he sentado á escribirte.

¡Lo necesitaba: sí, hermana mia! era preciso que hablase contigo, porque el dolor despedazaba mi corazon! ahora, aunque ya estoy mas tranquila... ya no resuena en mis oidos una voz infernal que me aconsejaba cosas infames!

Sí, Mélida: en las tinieblas de mi dolor queria abandonar la casa conyugal, y quejarme á todos del engaño de que he sido víctima: queria volver al lado de nuestra madre, y veia la mirada apasionada que César me dirigia en el baile y que me decia: ¡vengate!

Pero yo estoy loca: quiero que adivines las cosas, sin acabártelas de decir: han llegado de París, Valentina y su marido, á los que he ha-

blado en el baile de la embajada de Francia: no recuerdo cómo está ella: pero sí recuerdo—quizá porque esté mi memoria iluminada por la luz fúnebre de la venganza—que César, que el marqués de Montemar, que rehusó mi mano, me miraba esta noche como deslumbrado y como arrepentido.

¡Y se quejan los hombres de los estravíos de sus esposas! ¡ah! si ellos no desgarrasen el velo de las ilusiones, que debe envolver siempre el techo conyugal, no habría esposas malas ni culpables.

Pero ya va penetrando en mi alma una triste creencia; tal vez el hombre no puede amar á la mujer propia: tal vez son una necesidad del siglo las recíprocas distracciones: tu misma, Mélida, no me acusarías, estoy segura de ello, si diese oídos al amor de otro hombre que no fuese mi marido, ya que este corre en busca de otra mujer.

Porque, ¿acaso debo yo guardar la fidelidad que él olvida?

¿Acaso debo yo sacrificarme al reposo doméstico que él tiene en tan poco? ¿No ha de haber en el ara otra víctima que yo?

¡Dios mío! ¡apartad de mí estos tristes pensamientos! ¡estoy sola en el mundo, pues no quiero aflijir á mi madre con la relación de mis tormentos, y á nadie más se los puedo confiar! la soledad, el rencor y la desesperación, son muy malos consejeros: y si él se vá, no sé á donde me llevará el exceso de mi dolor.

Mélida, quizá Dios te conserva lejos de mi lado, para que veas por los restos de mi felicidad! observa á mi marido: vela por mi reposo: haz entender á esa mujer cuanto te indigna su infame conducta.... no te apartes de su lado ni un minuto, ni un segundo; sé su sombra para no perder ninguna de sus palabras, ninguna de sus miradas, y venga así el ultraje que se me infiere.

No sé si podré contenerme sin correr detrás de Camilo, es decir, detrás de mi dicha, de mi vida que se vá! porque, Mélida, yo no sé ni puedo explicarte de qué modo le amo!

Cuando estoy al lado suyo, el mundo entero se embellece á mis ojos, y cobra mayor extensión: la vida me parecía sembrada de rosas desde que caminaba á su lado: una mirada suya me hacía grande: otra mirada suya me avergonzaba: él disponía á su antojo de mi vida, de mi entendimiento y de mi voluntad!

Jamás le hubiera yo podido ser infiel, ni de

pensamiento: á su lado, todos los hombres me parecen pequeños, vulgares, mezquinos: su noble y hermoso rostro tiene un sello de inteligencia soberana: sus ojos, y también su sonrisa, hablaban á mi alma un lenguaje divino, que yo sola comprendía. ¡Cuántas veces me ha creído dormida en mi cuarto, y me he levantado para contemplarle en medio de su sueño! y al verle tan hermoso, tan fuerte, tan tranquilo, con cuánto fervor he dado gracias á Dios desde el fondo de mi alma por haber unido al suyo mi destino!

Sueños vanos de dicha! dulces recuerdos de un bien que he perdido, ó, mejor dicho, que nunca poseí! vosotros sois ahora mi mayor tortura!

Y sin embargo, yo me veo al espejo y me hallo hermosa! yo soy buena: yo le amo con toda mi alma! qué hallará él en esa mujer que la eleva sobre mí? le querrá más que yo? No! ¿Es más hermosa, más jóven, más bondadosa que yo? no! mil veces no! la amaré acaso porque es más desgraciada que yo? ah! en ese caso, yo lo soy también y mucho! Tú se lo dirás, Melida, porque á tí te creará mi marido: vosotros os parecéis: los dos teneis un sello de grandeza que no poseo yo... hay una afinidad misteriosa en vuestras almas: ambas son elevadas, sublimes... la mía es más pequeña: si á tí te sucediera lo que á mí, llorarías, pero no tendrías odio á la aborrecible criatura que causara tus penas, porque en tu alma solo pueden anidar la misericordia y el perdón...! Yo aborrezco á esa mujer... la detesto y aunque hay ratos en que me tranquilizo algún tanto, creo que sería dichosa al mirarla muerta á mis pies.

Adios, Mélida, y ojalá que no conozcas jamás el terrible dolor que tortura á tu infeliz hermana

Clara.

(Se continuará).

María del Pilar Sinués de Marco.

CUENTO.

Juntos y por un paraje, cierto día, sin reparo, la *Modestia* y el *Descaro* emprendieron un viaje.

Ella, aunque mala andariega, iba á pié por el sendero, y el *Descaro*, caballero en una mula manchega.

Como que ella á pié viaja,
se conoce sin trabajo
que, aunque fuera por atajo,
le sacaría él ventaja.

Tal, aunque anduviera lista,
que no anduvo en gran manera,
á la jornada primera
ya se perdieron de vista.

Y por mas que jadeante
ella caminaba, es claro,
el pícaro del Descaro
llegaba siempre delante.

Viendo su mula, al momento
no encontraba posadera
que del meson no le diera
el principal aposento.

La Modestia, advenediza
tal vez parecerles pudo,
y las siestas á menudo
pasó en la caballeriza.

Mas de su fama el resguardo
diz que siempre fiel pagó,
mientras el Descaro dió
á veces mas de un petardo.

Desde entónces siempre sé
que uno tras otro pulula,
y ensalzan al de la mula
y desprecian al de á pié.

Así se vé sin trabajo
que hoy, entre los hombres, priva
quedar el Descaro arriba
y la Modestia debajo.

Julio Monreal.

LA INVENCION DE LA SANTA CRUZ.

Las verdades de Dios se hallaban desterradas de la tierra. Todo se hallaba oscurecido por las tinieblas de la idolatría. Los pueblos mas civilizados tenían las mas ridículas religiones. Se alababan de no ignorar nada, y eran tan miserables que ignoraban á Dios. Llegaban en todas las cosas hasta el milagro; y en punto á religion, que es el asunto capital de la vida humana, eran unos insensatos. ¿Quién podría creer que los egipcios, padres de la filosofía, que los griegos, maestros de las bellas artes, que los romanos, tan graves, tan austeros, que dominaban

por su valor toda la tierra... quién creería, repetimos, que hubiesen adorado las bestias, los elementos, las criaturas inanimadas, y dioses parricidas é incestuosos? No solamente las fiebres y las enfermedades, sino los vicios mas infames y las mas brutales pasiones, tenían sus templos en Roma. Dios habia abandonado al error aquellos grandes y altivos espíritus que no querían reconocerle: habiendo abandonado la verdadera luz, Dios los habia cegado para que no viesen cosas tan claras.

Y el mundo, y los señores del mundo los tenían cautivos y temblando bajo serviles religiones, de las que no eran menos celosos que de la grandeza de su república. ¿Qué habia de mas malvado que sus dioses? ¿Qué cosa mas supersticiosa que sus sacrificios? ¿Qué cosa mas impura que sus profanos misterios? ¿Qué cosa mas cruel que sus juegos, que formaban parte del culto divino? ¿juegos sangrientos y dignos de bestias feroces, donde manchaban á sus falsos dioses con bárbaros espectáculos de sangre humana!

Sin embargo, tantos filosofos, tantas almas grandes, á quienes el hermoso orden del mundo obligaba á reconocer la divinidad que gobierna toda la naturaleza, no pudieron persuadir á los hombres á que abandonasen los desórdenes que tanto les chocaban. Con sus razonamientos sublimes, con su elocuencia omnipotente, no pudieron desengañar á los pueblos de sus ridículas ceremonias y de su monstruosa religion.

Desde el momento en que la cruz de Jesucristo comenzó á aparecer en el mundo, inmediatamente que se predicó la muerte y el suplicio del Hijo de Dios, callaron aquellos crueles embusteros, y se conmovió poco á poco el culto de los ídolos. Por último, fueron derribados; y Júpiter, y Marte, y Neptuno, y el egipcio Serapis, y todo cuanto se adoraba sobre la tierra, quedó sepultado en el olvido. El mundo ha abierto los ojos para reconocer á Dios creador, y se ha asombrado de su ignorancia. La extravagancia del Cristianismo ha sido mas fuerte que la mas sublime filosofía. La sencillez de doce pescadores sin recursos, sin elocuencia, sin arte, ha cambiado la faz del universo. Estos pescadores han sido mas felices que Timoteo, hijo de Conon, famoso ateniense, que creía ver la fortuna trayéndole las ciudades cogidas en su red. Los apóstoles han cogido todos los pueblos en sus redes para conquistarlos á Jesucristo por medio de su cruz. Preciso es notar que mientras Jesus ha conversado entre nosotros, cuando ha-

cía aquellos extraordinarios milagros, cuando salían de su boca aquellas palabras de vida eterna, tuvo pocos sectarios: sus amigos se avergonzaban con frecuencia de verse colocados bajo la disciplina de un maestro tan despreciado. Pero subió sobre la cruz: murió en aquel infame madero, y entonces todos los pueblos se precipitaron á él. ¡Nuevo é incomparable prodigio! Maltratado y perseguido en la vida, comienza á reinar despues de su muerte. Su doctrina enteramente celestial, que debia hacerle respetar por todas partes, lo hace enclavar en la cruz; y aquella cruz infame, que debia hacerle despreciar por todas partes, lo hace venerable en todo el universo. En cuanto pudo estender los brazos, todo el mundo corrió á arrojarle en ellos. Aquel misterioso grano de trigo, apenas cae en la tierra, cuando se multiplica por su propia corrupcion: tan pronto como se ha alzado de la tierra, segun lo habia predicho en su Evangelio, ha atraído á él todas las cosas y ha cambiado el instrumento del mas infame suplicio en el signo de la redencion: al caer desde la cruz al sepulcro, todos los pueblos cayeron á sus pies.

Veamos esa afluencia de gentes que en todas partes de la tierra acuden á la cruz de Jesus, que no solo se glorian de llevar su nombre, sino que se apresuran á imitar sus padecimientos, á verse deshonrados por su gloria, y á morir por su amor. Si alguno entre los antiguos despreciaba la muerte, se admiraba aquella firmeza, aquel valor como una cosa casi inaudita. Gracias á la cruz de Jesucristo, esos ejemplos son tan comunes entre nosotros, que su abundancia impide enumerarlos. Desde que se ha predicado á un Dios muerto, la muerte ha tenido delicias: se ha visto á la vejez mas decrepita, á la mas débil infancia, á las mas tiernas y delicadas vírgenes correr á ella, como al honor del triunfo. Por eso se decia que los cristianos eran un género de hombres destinados y como consagrados á la muerte. La cruz todopoderosa los habia familiarizado con este horrible fantasma, que es el horror de toda la naturaleza. El mundo se cansó antes de matar cristianos, que estos de padecer. Se agotaron todas las invenciones de la crueldad, para quebrantar la fé de nuestros padres: se emplearon en esto todas las potestades del mundo: empero este ciego furor consolidó lo que pensaba destruir. Por la cruz, el rey Jesus ha resuelto conquistar todo el mundo, y por eso ha impreso esa cruz victoriosa sobre los cuerpos

de sus valientes soldados, asociándose á sus padecimientos. Por eso vencieron á todos los pueblos, y desarmaron á sus perseguidores: por la cruz, los lobos, al fin, se convirtieron en corderos al inmolar los corderos á su crueldad.

La cruz de Jesucristo es preciso que sea adorada por toda la tierra; su imperio no tendrá límites, porque no los tendrá tampoco su poder; estenderá su dominacion hasta las provincias mas lejanas, hasta las islas mas inaccesibles, hasta las naciones mas desconocidas. Los bárbaros, los griegos, los escitas, los árabes, los indios, todos los pueblos, en fin, del mundo harán juntos un nuevo reino que tendrá por su ley al Evangelio, á Cristo por jefe, á la cruz por estandarte. La misma Roma, esa soberbia ciudad, despues de haberse embriagado por tres siglos con la sangre de los mártires de Cristo, Roma, la señora del mundo, humillará su cabeza, llevará mas lejos sus conquistas por la religion de Jesus que las habia llevado por sus armas, y la veremos tributar mas honores al sepulcro de un pobre pescador, que al templo de su Rómulo.

Los Césares veudrán tambien al pié de la cruz. Jesus crucificado quiere ver abatida á sus piés la magestad del imperio. Constantino, ese triunfante emperador, en el tiempo señalado por la Providencia, alzará el estandarte de la cruz sobre las águilas romanas; con la cruz vencerá á los tiranos: con la cruz dará la paz á su imperio; con la cruz afirmará su dinastía: la cruz será su único trofeo, porque publicará altamente que á ella debe todas sus victorias. Las manos imperiales de Flavia Julia Elena, su madre, cavarán la tierra para levantar y exaltar el sagrado madero de la cruz.

(Se concluirá.)

El conde de Fabraquer.

CRISTINA.

por la condesa de la Rochere.

(Continuacion.)

—¿Vos quereis, pues, que se quede ciega toda su vida? le dije yo á mi vez: que las mas dulces sensaciones le sean arrebatadas para siempre? poneos en su lugar, querida mia: no poder ni leer, ni trabajar, ni andar sola: ¿es esta una existencia soportable? y para una organi-



zacion de artista, para una naturaleza superior tan sensible á las bellezas del paisaje, al placer infinito y siempre nuevo de contemplar lo bello bajo todas las formas, ¡qué cruel afliccion la pérdida de la vista! mas desgraciada mil veces que la ciega de nacimiento, que jamás entrevió la luz del dia, el recuerdo de los goces pasados debe hacerle la privacion muchísimo mas dolorosa.

—Vos renovais todos mis pesares, respondió Cristina llorando: he pensado muchas veces en todo lo que acabais de decirme, pero no puedo vencer mis temores: quizá tambien yo me engañe tratando de persuadirme de que se acostumbra uno á todo en este mundo, y que á fuerza de cuidados y de amor, de lecturas interesantes y de dulces conversaciones, podría yo, hasta cierto punto, indemnizar á mi buena tia de todo lo que ha perdido!

—¿Y si esos cuidados y ese amor llegasen á faltarle de súbito? si por una de esas desgracias, contra las que ni la juventud ni la salud son suficientes garantías, vos fuéreis arrebatada de este mundo, ¿qué sería entonces de la pobre ciega, sola y sin apoyo?

Esta última consideracion pareció impresionar fuertemente á la jóven: mas continuó, sin embargo, oponiéndose á la tentativa proyectada: luego que vió que no podia hacer vacilar la resolucion de mademoiselle Tournel, ensayó al menos, por medio de astucias inocentes, alejar el momento fatal; no encontraba aun la época apropiada: debia hacer todavia algunos preparativos; demoraba de un dia á otro el escribir al cirujano: pero este tomó la iniciativa y anunció su llegada para el 28 de abril.

La pobre Cristina se turbó horriblemente al leer la carta del doctor: sus esfuerzos para ahogar sus funestos presentimientos fueron infructuosos, se volvió triste y cavilosa pasando horas enteras en rezar, pidiendo á Dios que no la dejase huérfana por segunda vez.

Durante este tiempo, mademoiselle Tournel se preparaba con prudencia á la operacion que debia sufrir, conservando una confianza de buen agüero y conformándose exactamente con todas las prescripciones del médico.

La víspera del dia elegido para esta gran prueba, hizo venir á un notario y le dictó su testamento para que Cristina pudiese heredar, sin dificultades, su modesto mobiliario, y la escasa ropa que poseia; despues se fué á la iglesia y se dispuso á todo acontecimiento con-

siderando, con el valor de una conciencia pura, la muerte que estaba segura de afrontar.

Al dia siguiente por la mañana, la tia y la sobrina confesaron y comulgaron, permaneciendo largo tiempo prosternadas al pié del altar: despues volvieron silenciosamente á su casa, á la cual llegó el cirujano, á los pocos instantes.

Yo estuve presente á la operacion, y aquel dia no se borrará jamás de mi memoria.

Mademoiselle Tournel estaba tranquila y recogida: una resignacion cristiana se hallaba impresa sobre todas sus facciones: ella habia hecho á Dios el sacrificio de su vida y hasta el de sus esperanzas mas bellas: estaba pronta á aceptar de la voluntad divina la ceguera ó la luz, la curacion ó la muerte: Cristina estaba estremadamente pálida, mas su dulce rostro expresaba una resolucion enérgicamente decidida; á la proposicion que nosotros le hicimos de retirarse á su cuarto, respondió con un *nó* acentuado de tal suerte, que ninguno se atrevió á insistir.

Se colocó á la ciega en un gran sillón frente de la ventana: Cristina, arrodillada cerca de ella, quiso tenerle la mano.

—Tened valor, querida tia, murmuró aquella al oído de esta; ahora abrigo la confianza de que Dios tendrá piedad de nosotras.

El cirujano sacó su estuche y dispuso el aparato: uno de sus discípulos le ayudaba en estos preparativos: bien pronto se vió el acero brillar entre sus dedos; embargada de una turbacion indecible, yo oulté mi semblante entre mis manos, para no ver lo que iba á suceder.

Hubo un instante de inesplicable angustia, despues se oyó un agudo grito.

—¡Ya veo, Dios mio! ¡ya veo! ¡oh, gracias, gracias mil veces, Dios bueno y misericordioso!

Cristina se precipitó en los brazos de su tia y cubrió su semblante de besos y de lágrimas.

—¡Es ella! ¡es ella! exclamó mademoiselle Tournel; reconozco su dulce rostro, aquí está!... lo mismo que quedó grabado en mi recuerdo!

El cirujano empleó todos sus esfuerzos para calmar esta emocion demasiado viva, que podia comprometer el resultado definitivo de la operacion. Yo comprendí su pensamiento, y, tomando á Cristina por el brazo,

—¡En nombre del cielo, retiraos, le dije, ó lo perdeis todo!

Ella me miró con un aire azorado y se refugió en su cuarto.

Se puso entonces una venda sobre los ojos de la enferma; la llevamos al lecho, y se la hizo tomar una pocion calmante: algun tiempo despues, se durmió con un sueño profundo: yo entré entonces en el cuarto de Cristina que se hallaba arrodillada y bañada en lágrimas.

—No temais nada, le dije: todo irá bien, si vos sois razonable.

Cristina me estrechó la mano con efusion: una dulce sonrisa iluminó su semblante, brillando, en medio de sus lágrimas, como un rayo de sol que sucede á la tempestad: permanecí con ella el resto del día, y velé con ella durante la noche.

La aurora iluminaba ya el horizonte y dejaba penetrar su suave luz á través de las cortinas azules del dormitorio de la enferma, cuando esta se ajitó en su lecho: soñaba tristemente, y le parecia que la operacion se habia desgraciado, y que estaba ciega para siempre: la dulce voz de Cristina, preguntándole lo que sentia, hizo cesar su pesadilla.

Mademoiselle Tournel se despertó del todo: sus recuerdos volvieron en tropel, y no pudo resistir á la tentacion de separar el vendaje que cubria sus ojos. ¡Oh, dicha! ¡no era una ilusion! todos los objetos le aparecian distintamente como en los mas bellos dias de su juventud! ella estendió los brazos con un arranque de reconocimiento apasionado hácia la imágen del Cristo que decoraba su alcoba y se recogió un instante; despues nos abrazó á las dos contemplando á su querida Cristina con una inefable ternura, examinando, uno despues de otro, todos los muebles del aposento como viejos amigos que le eran devueltos, y experimentando un placer indecible al volver á encontrarlos tales como los veia en otro tiempo.

Esta primera prueba no le fué nada nociva; pero la del día siguiente fué mas concluyente aun: decididamente la maestra de dibujo habia recobrado la vista: este acontecimiento hizo gran ruido en la ciudad, y se habló de él quince dias consecutivos; mi amigo el cirujano fué elevado hasta las nubes, el periódico de la localidad le consagró un artículo de dos columnas, y todos los ciegos del departamento vinieron á consultarle.

Durante este tiempo, mademoiselle Tournel sentia una alegría de niña al pasearse en la rica campiña de las cercanias de Draguignan: apo-

yada en el brazo de su sobrina, recorria los sitios agrestes que su pincel habia reproducido en otros dias y los encontraba mas bellos aun: del mismo modo que un convaleciente, privado de alimentos sustanciosos, encuentra mas sabor á los que se le presentan: los árboles le parecian mas verdes, el bosque mas frondoso, las estrellas mas brillantes. Era como una nueva iniciacion en las maravillas de la naturaleza.

(Traducción.)

(Se concluirá.)

Maria del Pilar Sinués de Marco.

REVISTA DE LA SEMANA.

Beneficios.—Flores, coronas y versos.—*Meditaciones de color claro*.—*El toison rojo*, joya literaria.—El premio gordo.

Si el tiempo y el espacio, de que puedo disponer, fueran iguales en cantidad á los sucesos que en esta semana he presenciado, de fijo abrigara yo temores de ocupar con mi revista las diez y seis columnas del periódico.

Mas no he de pecar por molesto, á los ojos de mis habituales lectoras; que á veces basta lo poco para indicar lo mucho, y dice el vulgo que por el hilo se saca el ovillo.

Los artistas han sido los héroes de la semana. La Spezzia y Mad. Lagrange en sus beneficios; Catalina y Fernandez en los suyos, han demostrado su agradecimiento al público que tanto les aprecia á todos y han procurado hacerse dignos del aprecio que se les profesa.

Fausto fué la ópera elegida por la *signora* Spezzia para obsequiar al público y ser del mismo obsequiada. Sus esperanzas no se malograron. Flores, coronas, versos, cayeron sobre la escena, en justo premio de la buena ejecucion de la obra.

En el intermedio del cuarto al quinto acto, la beneficiada y su esposo el Sr. Aldighieri cantaron un duo de la ópera *Giuditta*, que valió á aquella nueva cosecha de aplausos, flores y coronas.

En tanto que todo esto sucedia en Madrid, y en el régio coliseo, otra escena, no menos dramática, se representaba en Niza, en un palacio de verano.

O lo que es lo mismo; el príncipe heredero de Rusia entregaba á Dios el último suspiro.

Seguro de que mis bellas lectoras no me preguntarán la relacion que este suceso pueda tener con los de Madrid en la semana que hoy espira, les diré que la corte viste de luto rigo-

roso. Al fin y al cabo, esto, si no es un acontecimiento, por lo menos es una noticia.

Hace cuatro dias encontré sobre la mesa de mi cuarto un libro de pocas páginas, en cuya portada se leía: *Meditaciones de color claro, por un autor oscuro*. Aquel libro me habia sido remitido por su autor, que hasta para obsequiarme permanecía sumido en la *oscuridad*, supuesto que en la dedicatoria que me hacia no revelaba su nombre. Con la curiosidad que siempre imprime en nuestro ánimo lo desconocido, hojeé aquellas *Meditaciones* y creo que queda hecho el elogio del libro en el mero hecho de destinarle un lugar entre estos párrafos; porque mis lectoras han podido adivinar que en mis revistas solo me ocupo de lo que pueda serles agradable.

Prosa y poesia, discretamente unidas en las páginas á que me refiero, hacen pensar mas de una vez al observador, y sentir mas de dos al amante. Recuerdo un pensamiento del *autor oscuro* que, en medio de la ruda franqueza con que está espresado, encierra un fondo de verdad innegable.

Dice haciendo burla de los naturalistas:

«En la naturaleza hay un animal superior al hombre; la mujer.»

En cuanto á los versos, aparte de la amargura que en ellos se revela, amargura harto disculpable cuando el autor cuenta en su vida desengaños, tienen ese *no se qué* de melancólico y conmovedor que atrae al lector sin que este tenga tiempo de fijarse en las condiciones literarias de lo que lee.

Hé aquí una de las composiciones del libro aquel:

¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!

¡Mentira soberana!

Preguntad á Jacinta, Ines ó Rosa

Si el resplandor purísimo que emana

De sus divinos ojos,

Causa será jamás de sus enojos.

—

¡Ay, infeliz de la que nace fea!

¡Soberana mentira!

Si feliz quiere ser, que rica sea;

Que en el mundo no mas esto se mira:

Porque, segun yo creo,

Nunca á una fea le faltó algun feo.

—¿Entónce, pues, qué epígrafe hallaria
Exacto é intachable?

Escribe, Juan, y en mi experiencia fia,

Esta amarga verdad, pero innegable

En el mundo de cobre:

¡Ay, infeliz de la que nace pobre!

Doy la enhorabuena al autor y le admiro sin conocerle, por lo mismo que no le conozco. Tiempo hace que la modestia es artículo de lujo, y modesto es el autor que, con el adjetivo de *oscuro*, oculta su nombre á todo el que ha de tener el gusto de leerle.

Al citar en esta revista unos versos notables, no he podido menos de recordar otros mas notables todavia, que, distribuidos en sencillas y al par conmovedoras escenas, componen un drama, estrenado el lunes en el teatro del Príncipe.

El toison roto se titula; y si bien es cierto que su argumento peca por sencillo en extremo, no lo es menos que el argumento llega á ser para el espectador un incidente que casi olvida ante la magia de una versificación fluida, galana y poderosa.

El Sr. D. Antonio Hurtado, autor de la obra, ha conseguido uno de los triunfos mas justos y espontáneos que registra la historia del arte dramático de algun tiempo á esta parte.

Termino por hoy, haciendo saber que no me ha tocado el premio grande, como deseaba, para haber comprado á peso de oro el secreto de conocer los de mis lectoras, con el objeto de escribir interesantes novelas.

Eusebio Blasco.

ESPLICACION Y APLICACION DEL FIGURÍN.

Pocos grabados de modas hemos dado tan lindos como el encantador grupo de niños que hoy ofrecemos á nuestras suscriptoras: la variedad y elegancia de los trages, su perfecto y delicado colorido, y, sobre todo, la adorable y cándida naturalidad de las figuras, le hacen un modelo excelente para ese pequeño mundo risueño tan querido para las madres: antes de empezar la descripción de los trages, daremos la *aplicacion* alterando nuestra costumbre solo para decir á las señoras que, guiándose por nuestro grabado, obtendrán para sus niños todas las ventajas reunidas de la sencillez, la elegancia y la economía.

FIGURA 1.^a *Niña de cuatro años.*—Vestido de popelina azul emperatriz: la falda está adornada por algunos medallones bordados con soutache de un azul muy oscuro, los que figuran estar reunidos entre sí por medio de tres terciopelitos negros.

Cuerpo, de talle redondo, escotado en cuadro y adornado en la parte superior con medallones mas pequeños que los de la falda, dos de los cuales sirven de hombreras: camiseta de tul con plieguecitos.

Botitas azules.

FIGURA 2.^a *Trage de primera comunión.*—Vestido de muselina suiza: falda lisa y adornada por tres entredoses bordados que forman delantal. Cuerpo, ligeramente fruncido, adornado en el pecho por tres entredoses iguales, que parecen ser continuacion de los de la falda: entredoses iguales guarnecen el escote, las sisas y la parte inferior de las mangas.

Cinturon de muselina, que descende por detrás en largos cabos flotantes, guarnecidos de entredos.

Velo de muselina blanca y cófia redecilla, de tul de ilusión blanco, que forma onda sobre la frente.

Guantes blancos y devocionario de marfil con cruz y cantoneras de plata.

FIGURA 3.^a *Niño de cinco años.*—Chaqueta de paño muy fino color de avellana, adornada alrededor por cuatro órdenes de trencilla negra de seda y botoncitos muy pequeños.

Pantalon corto y ancho, de tela igual á la de la chaqueta, y adornado del mismo modo.

Faja ancha de glasé color de grosella que ciñe el talle y termina en caídas cortas guarnecidas de fleco.

Cuello liso de batista, y debajo corbata de glasé del color de la faja.

FIGURA 4.^a *Niño de seis á siete años.*—Trage escocés, que consta de una falda de popelina á cuadros negros dobles, sobre fondo encarnado.

Casaquilla de cachemir negro con faldetas, que se entreabre por delante y deja ver un chaleco de piqué blanco.

Banda de la tela de la falda anudada al lado izquierdo.

Limosnera de piel.

Pantalon negro corto, sujeto por botines escoceses que suben hasta la rodilla.

Gorra de terciopelo negro con cinta escocesa de los colores de la falda y plumas de gallo encarnadas.

FIGURA 5.^a *Niño de ocho años.*—Trage de paño fino color de malera muy claro, compuesto de una chaqueta muy larga y de pantalon de igual tela, ambas cosas adornadas con hileras de botones negros, puestos entre dos gruesos cordones de seda, negros tambien: cordon igual guarnece los bolsillos y vueltas de las mangas.

Sombrero de fieltro adornado por una cinta de terciopelo negro; botas negras de satén y charol.

FIGURA 6.^a *Niña de doce años.*—Vestido de glasé verde con rayitas negras: la falda está levantada en forma de pabellones por medio de lazadas de cordon, de seda, del color del trage.

Paletot casi ajustado, recortado á ondas en el borde, y guarnecido este con un grueso cordon de seda.

Sombrero redondo, de paja, con plumas negras y moradas y un lazo de terciopelo negro que sujeta una hebilla y del que bajan largos cabos.

Botas negras de satén y guantes amarillos.

FIGURA 7.^a *Niño de cuatro años.*—Pantalon y blusa de popelina color de violeta, ceñida la segunda al talle por medio de un ancho cinturón negro, cerrado con hebilla dorada; el pantalon lleva sobre la costura una fila de botones.

Botas rusas negras.

FIGURA 8.^a *Niña de ocho años.*—Vestido de foulard rosa adornado de una manera tan original como linda.

La falda está plegada á tablas en el talle: cada una de estas tablas está sujeta al borde, por medio de un lacito de terciopelo negro.

Cuerpo de escote cuadrado y mangas cortas.

Camiseta blanca de muselina.

Capelina María Antonieta de lana blanca y seda rosa, que cubre la espalda, cruza en el pecho y se anuda por detrás en el talle: de esta Capelina sale una preciosa capucha que cubre la cabeza, adornada en la parte superior de esta con un lazo de cinta rosa.

Pantalon corto y ancho festoneado.

Medias de hilo y botitas de satén color de avellana, adornadas con lacitos de cinta del mismo color.

Pamela.

Por todo lo no firmado.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1865.—Imp. Española, Torija, 14.